

EN PROVINCIA

por AUGUSTO D'HALMAR.

La vie est vaine:
un peu d'amor,
un peu de haine
et puis, «bonjour».

La vie est breve:
un peu d'espoir,
un peu de reve,
et puis, «bonsoir».

(Concluye)

III

Fue, como dije, hace veinte años; más, veinticinco, pues ello empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre; las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo.

Había fallecido mi primer patrón, y el Emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; pero nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en conocerle a fondo: duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios!

También conocí sus penas, aunque a la simple vista pudiera creersele feliz. A él le minaba el deseo de tener un hijo, y, aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: «¿Qué echas de menos?». Y él le cubría la boca con sus besos. Pero ésta no era una respuesta. ¿No es cierto? Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron mis aficiones filarmónicas. «Debimos adivinarlo; tiene pulmones a propósito». Tal fue el elogio que le hizo de mí su mujer en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¿Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oídos y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, «El ensueño», que esta noche acabo de repasar. «Lamentaciones de una joven», y «La golondrina y el prisionero»; y sólo reparé en la belleza de la principal que descendió hasta mí para felicitarla.

De allí dató la costumbre de reunirme, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otra gente. Pasábamos algunas horas embobados en nuestro corto repertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien, que cualquiera nota falsa la impacientaba.

Otras veces me seguía tarareando, y, por lo bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar?

¡Ah! Yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía, que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atreví. ¿No me admitía en su sociedad para oírme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistió a los conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía; pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho.

Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía parecerle divertida y con más frecuencia quedábamos solos.

Así fue como una noche que me preparaba a pasar de un motivo a otro, Clara (se llamaba Clara) me detuvo con una pregunta a quemarropa: —Borja, ¿ha notado usted su tristeza? —¿De quién? ¿del patrón? —pregunté, bajando también la voz—. Parece preocupado, pero... —¿No es cierto? —dijo, clavándome sus ojos afebrados.

Y como si hablara consigo: —Le roe el corazón y no puede quitárselo. ¡Ah, Dios mío!

Me quedé perplejo y debí haber permanecido mucho tiempo perplejo, hasta que su acento imperativo me sacudió: —¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues!

IV

Desde entonces pareció más preocupada y como disgustada de mí. Se instalaba muy lejos, en la sombra, tal como si yo le causara un profundo desagrado; me hacía callar para seguir mejor sus pensamientos, y, al volver a la realidad, como hallase la muda sumisión de mis ojos a la espera de un

mandato suyo, se irritaba sin causa.

—¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues! Otras veces me acusaba de apocado, estimulándome a que le confiara mi pasado y mis aventuras galantes; según ella, yo no podía haber sido eternamente razonable, y alababa con ironía mi «reserva», o se retorcía en un acceso de incontenible hilaridad: «San Borja, tímido y discreto».

Bajo el fulgor ardiente de sus ojos, yo me sentía enrojecer más y más, por lo mismo que no perdía la conciencia de mi ridículo; en todos los momentos de mi vida mi calvicie y mi obesidad me han privado de la necesaria presencia de espíritu, y ¡quién sabe si no son la causa de mi fracaso!

Trascurrió un año, durante el cual sólo viví por las noches. Cuando lo recuerdo me parece que la una se anudaba a la otra, sin que fuera sensible el tiempo que las separaba, a pesar de que, en aquel entonces, debe de haberseme hecho eterno.

Un año breve como una larga noche.

Llego a la parte culminante de mi vida. ¿Cómo relatarla para que pueda creerla yo mismo? ¡Es tan inexplicable, tan absurdo, tan inesperado!

Cierta ocasión en que estábamos solos, suspendido en mi música por un ademán suyo, me dedicaba a adorarla, creyéndola abstraída, cuando de pronto la vi dar un salto y apagar la luz.

Instintivamente me puse en pie, pero en la oscuridad sentí dos brazos que se enlazaban a mi cuello y el aliento entrecortado de una boca que buscaba la mía.

V

Salí tambaleándome. Ya en mi cuarto, abrí la ventana y en ella pasé la noche. Todo el aire me era insuficiente. El corazón quería salirse del pecho, lo sentía en la garganta, ahogándome, ¡qué noche!

Esperé la siguiente con miedo. Creíame juguete de un sueño. El amo me reprendió un descuido, y, aunque lo hizo delante del personal, no sentí ira ni vergüenza.

En la noche, él asistió a nuestra velada. Ella parecía profundamente abatida.

Y pasó otro día sin que pudiéramos hallarnos solos; al tercero ocurrió; me precipité a sus plantas para cubrir sus manos de besos y lágrimas de gratitud, pero altiva y desdeñosa, me rechazó y, con su tono más frío, me rogó que tocara.

¡No, yo debí haber soñado mi dicha! ¿Creeréis que nunca, nunca más volví a rozar con mis labios ni el extremo de sus dedos? La vez que, loco de pasión, quise hacer valer mis derechos de amante, me ordenó salir en voz tan alta, que temí que hubiese despertado al amo, que dormía en el piso superior.

¡Qué martirio! Caminaron los meses, y la melancolía de Clara parecía disiparse, pero no su enojo. ¿En qué podía haberla ofendido yo?

Has que por fin una noche que atravesaba la plaza con mi estuche bajo el brazo, el marido en persona me cerró el paso. Parecía extraordinariamente agitado y mientras hablaba mantuvo su mano sobre mi hombro con una familiaridad inquietante.

—[Nada de músicas! —me dijo—. La señora no tiene propicios los nervios y hay que empezar a respetarle este y otros caprichos.

Yo no comprendía. —Sí, hombre. ¡Venga usted al caso conmigo y brindaremos a la salud del futuro patroncito!

Nació. Desde mi bufete, entre los gritos de la parturienta escuché su primer vagido, tan débil. ¿Cómo me palpitaba el corazón! ¡Mi hijo! ¡Porque era mío, no necesitaba ella decirme!

¡Mío! ¡Mío! Yo, el solterón solitario, el hombre que no había conocido nunca una familia, a quien nadie dispensaba sus favores sino por dinero, tenía ahora un hijo, el de la mujer amada!

¿Por qué no morir cuando él nacía? Sobre el tapete verde de mi escritorio rompí a sollozar tan fuerte, que la pantalla de la lámpara vibraba y alguien que vino a consultarme algo se retiró en puntillas.

Sólo un mes después fui llevado a las rodillas su madre, convaleciente, y le mecía amorosamente.

Me incliné, conmovido por la angustia, y, temblando, con la punta de los dedos alcé la gasa que le cubría y pude verle; hubiese querido gritar: ¡hijo!; pero, al levantar los ojos, encontré la mirada de Clara, tranquila, casi irónica.

—¡Cuidado! —me advertía. Y en voz alta: —No le vaya usted a despertar.

Su marido, que me acompañaba, la besó tras de la oreja delicadamente.

—¡Mucho has debido sufrir, mi pobre enferma!

—¡No lo sabes bien! —repuso ella—. ¡mas qué importa si te hice feliz!

Y ya, sin descanso, estuve sometido a la horrible expiación de que aquel hombre llamase «su hijo al mío, a «mi hijo».

¡Imbécil! Tentado estuve mil veces de gritarle la verdad, de hacerle reconocer mi superioridad sobre él, tan orgulloso y confiado; pero ¡y las consecuencias, sobre todo para el inocente!

Callé y en silencio me dediqué a amar con todas las fuerzas de mi alma, a aquella criatura, mi carne y mi sangre, que aprendería a llamar padre a un extraño.

Entre tanto la conducta de Clara se hacía cada vez más oscura. Las escenas musicales, para qué decirlo, no volvieron a verificarse, y, con cualquier pretexto, ni siquiera me recibí en su casa las veces que fui.

Parecía obedecer a una resolución inquebrantable y hube de contentarme con ver a mi hijo cuando la niñera lo paseaba en la plaza.

Entonces los dos, el marido y yo, le

seguíamos desde la ventana de la oficina y nuestras miradas, húmedas y gozosas, se encontraban y se entendían.

Pero andando esos tres años memorables, y a medida que el niño iba creciendo, me fue más fácil verlo, pues el amo, cada vez más chocho, lo llevaba al almacén y lo retenía a su lado hasta que venían en su busca.

Y en su busca vino Clara una mañana que yo lo tenía en brazos; nunca he visto arrebatado semejante. ¡Como leona que recobra su cachorro! ¡Lo que me dijo más bien me lo escupió al rostro!

—¿Por qué lo besa Ud. de ese modo? ¿Qué pretende Ud., canalla?

A mi entender, ella vivía en la inquietud constante de que el niño se aficionase a mí o de que yo hablara. A ratos estos temores sobrepujaban a los otros y, para no exasperarme demasiado, dejaba que se me acercase, pero otras veces lo apapaba, como si yo pudiera hacerle algún daño.

¡Mujer enigmática! ¡Jamás he comprendido qué fui para ella: capricho, juguete o instrumento!

VI

Así las cosas, de la noche a la mañana llegó un extranjero y mediodía pasamos revisando libros y facturas.

A la hora del almuerzo el patrón me comunicó que acababa de firmar una escritura por la cual transfería el almacén; que estaba harto de negocios y de vida provinciana, y probablemente volvería con su familia a la capital.

¿Para qué narrar las dolorosas impresiones de esos últimos años de mi vida? Harán por enojo veinte años y todavía me trastorna recordarlos.

¡Dios mío! ¡Se iba cuanto yo había amado! ¡Un extraño se lo llevaba lejos para gozar de ello en paz! ¡Me despojaba de todo lo mío!

Ante esa idea tuve en los labios la confesión del adulterio. ¡Oh! ¡Destruir siquiera aquella feliz ignorancia en que viví y moriría el ladrón! ¡Dios me perdone!

Se fueron. La última noche, por un capricho final, aquella que mató mi vida, pero que también le dió por un momento una intensidad a que yo no tenía derecho, aquella mujer me hizo tocarle las tres piezas favoritas, y, al concluir, me premió permitiéndome que besara a mi hijo.

Si la sugestión existe, en su alma debe de haber conservado la huella de aquel beso.

¡Se fueron! Ya en la estacioncita, donde acudí a despedirlos, él me entregó un pequeño paquete, diciendo que la noche anterior se le había olvidado. «Un recuerdo —me repitió— para que piense en nosotros».

—¿Dónde les escribo? —grité, cuando ya el tren se ponía en movimiento, y él, desde la plataforma del coche: —¡No sé! ¡Mandaremos la dirección!

Parecía una consigna de reserva. En la ventanilla vi a mi hijo, con la nariz aplastada contra el cristal. Detrás, su madre, de pie, grave, la vista perdida en el vacío.

Me volví al almacén que continuaba bajo la razón social sin ningún cambio aparente, y oculté el paquete, pero no lo abrí hasta la noche, en mi cuarto solitario.

Era una fotografía.

VII

La misma que hoy me acompaña; un retrato de Clara con su hijo en el regazo, apretado contra su seno, como para ocultarlo o defenderlo.

¡Y tan bien lo ha secuestrado a mi ternura, que, en veinte años, ni una sola vez he sabido de él y probablemente no volveré a verlo en este mundo de Dios!

Si vive, debe ser un hombre ya. ¿Es feliz? Tal vez a mi lado su porvenir habría sido estrecho. Se llama Pedro... Pedro y el apellido del otro.

Cada noche tomo el retrato, lo beso, y, en el reverso, leo la dedicatoria que escribieron por el niño: «Pedro, a su amigo Borja».

—¡Su amigo Borja!... ¡Pedro se irá de la vida sin saber que haya existido tal amigo!

OBREROS
LA FABRICA DE CAMISAS

con sus productos ha sustituido a los extranjeros.
La camisa de esta marca es la mejor que se expende en el país.
Usen sólo los productos de esta fábrica para que satisfagan su gusto y tengan trabajo nuestras muchachas.